

**PASADO Y PRESENTE DE LA SEMANA SANTA EN LAS FUNDACIONES
DOMINICAS DE OAXACA: DE LOS MURALES DE SAN JUAN TEITIPAC A LOS
ÁNGELES DE SANTO DOMINGO YANHUITLÁN¹**

María Diéguez Melo

Observatorio Iberoamericano de Arquitectura Religiosa Contemporánea A.C.

dieguelmelo@gmail.com

RESUMEN

Este texto tiene como protagonistas dos edificios novohispanos fundados en el siglo XVI, los conventos de San Juan Bautista Teitipac y de Santo Domingo Yanhuitlán establecidos en la zona sureste de México. Ambos casos presentan un patrimonio artístico relacionado con la Semana Santa que da cuenta de la vivencia de la Semana Santa en la Nueva España a través de los murales de la portería del convento de Teitipac o las esculturas de ángeles pasionarios de Yanhuitlán.

PALABRAS CLAVE: Orden de predicadores. Semana Santa. México. Yanhuitlán. Teitipac.

ABSTRACT

This text has as protagonists two novohispanic buildings founded in the 16th century, the convents of San John Baptist Teitipac and Saint Domingo Yanhuitlán, established in the south-east of Mexico. Both cases present an artistic heritage related to the Holy Week that realizes the experience of Easter in New Spain through the murals of the convent of Teitipac and sculptures of missionary angels from Yanhuitlan.

KEYWORDS: Dominican foundations. Holy Week. México. Yanhuitlán. Teitipac.

1. Introducción

Tras la llegada de la Orden de Predicadores al puerto de San Juan de Ulúa el 23 de junio de 1526, los dominicos se asientan primero en la Ciudad de México desde la cual inician en 1528 su expansión evangelizadora hacia distintos territorios gracias a la fundación de visitadas, centros de formación, colegios y conventos. Dentro de este proceso misionero, la celebración de la Semana Santa en la Nueva España y las representaciones artísticas asociadas a la misma son una de las primeras expresiones que llega a territorio mesoamericano, no sólo

¹ Este estudio se enmarca en el proyecto de Investigación I+D *Catalogación y estudio de las traducciones de los dominicos españoles e iberoamericanos*, con referencia FFI2014-59140-P, aprobado por la Secretaría de Estado de Investigación, Desarrollo e Innovación, Ministerio de Economía y Competitividad, según Resolución de 30 de julio de 2015.

de la mano de los dominicos sino también de las demás órdenes religiosas, especialmente los franciscanos que continuaron en territorio americano sus fundaciones de cofradías de la Santa Vera Cruz. En relación con la muerte y sus expresiones artísticas y religiosas, esta introducción de un nuevo sistema de creencias supone pasar de las imágenes de Mictlantecuhtli, señor del inframundo, y su dualidad femenina, Mictecacihuatl, la señora de la muerte, hacia un nuevo sistema religioso fruto de una conquista espiritual protagonizada por la llegada del cristianismo, mediante el cual se transforma la dualidad mesoamericana muerte/vida, en la cual tenía una importancia fundamental la circunstancia en que se producía el deceso para determinar el destino del alma humana, en una idea moralizante de la muerte relacionada con la tradición europea. Esta transformación dio lugar a un sincretismo todavía visible en la Semana Santa mexicana debido a la pervivencia de expresiones prehispánicas que se unen a una profunda religiosidad popular heredera de la evangelización de las primeras órdenes religiosas.

Gracias a los textos de fray Agustín Dávila Padilla, que a finales del siglo XVI describe las celebraciones que en la Ciudad de México tenían lugar en los días santos, tenemos un notable testimonio de la vivencia de la celebración de la Pasión en la Orden de Predicadores durante sus primeros años de presencia en territorio novohispano, dando cuenta especialmente de las dramatizaciones realizadas en torno a los pasajes del Calvario y la representación de la pasión y muerte de Cristo a través de procesiones vinculadas a las cofradías del Descendimiento, la Virgen de la Soledad o el Santo Sepulcro existentes en la provincia de Santiago de México ya en la segunda mitad del siglo XVI.

En el presente texto se analizarán dos casos particulares ubicados en la región oaxaqueña, zona del sureste mexicano que formaba parte de las llamadas “nación mixteca” y “nación zapoteca”, regiones encargadas a los frailes dominicos tras el reparto del territorio mexicano que las tres primeras órdenes realizan a su llegada a la Nueva España. En este territorio el mestizaje con las tradiciones locales a través del cacicazgo y las encomiendas supone la inculturación de las prácticas religiosas vinculadas a la Semana Santa, hecho que nos ha dejado ejemplos tan relevantes como los murales de la portería del convento de San Juan Bautista Teitipac, una expresión clara de las procesiones que organizaban las cofradías coloniales vinculadas a la orden dominica, o los ángeles pasionarios ahora conservados en el museo del exconvento de Santo Domingo Yanhuitlán, excelentes tallas estofadas y policromadas del siglo XVIII a través de las cuales nos acercaremos a las relaciones entre el

arte, la ritualidad y la configuración urbana y arquitectónica, así como el sistema de mayordomías de la época novohispana y su pervivencia en la actualidad gracias a la adaptación de los rituales de la cofradía del Santo Entierro.

2. La Orden de Predicadores en Oaxaca: llegada y establecimiento

Tras la caída de los mexicas en 1521, la conquista del territorio novohispano se apoyó en la evangelización de las órdenes mendicantes como un medio de conquista espiritual que asegurase unos territorios altamente inestables. Después de la llegada de los primeros franciscanos en 1523 y la misión encabezada por fray Martín de Valencia en 1524, los dominicos son la segunda orden religiosa en llegar a territorio mexicano. Su arribo al puerto de San Juan de Ulúa tiene lugar el 23 de junio de 1526 en una expedición encabezada por fray Tomás de Ortiz, el cual tuvo que regresar a España nada más alcanzar las costas mexicanas. Del grupo restante solamente sobrevivieron tres religiosos por lo cual fray Domingo de Betanzos (1480-1549), que se había formado en Salamanca estudiando artes y derecho y era partidario una vida más ascética y contemplativa siguiendo la línea reformada y las enseñanzas de fray Juan de Hurtado, se convierte en el responsable de la expedición como vicario de los dominicos en las Indias tras la muerte de fray Álvaro de Córdoba en 1521. Junto a él, el diácono fray Gonzalo Lucero, uno de los dominicos que se encargarían a partir de 1536 de la evangelización de las regiones mixtecas y zapotecas, y el novicio fray Vicente de las Casas se trasladan desde la costa veracruzana a la Ciudad de México para iniciar la fundación de la orden en territorio mexicano, asentándose la casa de santo Domingo en México en 1526 en los predios de la Inquisición.

La orientación de Betanzos hacia una vida contemplativa centrada en el rezo del oficio divino y el estudio teológico condicionó los dos primeros años de la actividad de la orden en territorio mexicano aunque poco podrán haber realizado tres religiosos en un territorio tan vasto. A pesar de estas limitaciones, se funda en 1527 la primera casa de atención a los naturales: la vicaría y eremitorio de Santa María Magdalena Tepetlaoxtoc, ubicados en un señorío chichimeca y acolhua que se antojaba un punto estratégico del camino trazado entre Veracruz y México. De hecho, estos tres primeros frailes llegaron a esta población sobre el 22 de julio en su camino hacia la capital y en ella se desarrolló la primera tentativa de aprendizaje de lenguas y evangelización apoyada en libros, pintura y música siguiendo un

doble proceso de aculturación y endoculturación que más tarde se extendería a otras regiones².

La llegada de fray Vicente de Santa María con un grupo de veinticuatro predicadores en 1528 supone la expansión de la actividad misional iniciando un proyecto evangelizador que abarcaba el centro y sur de México, el cual culmina con la creación de la Provincia de Santiago de México en 1532 gracias a la autorización del general de la Orden y del papa Clemente VII a través de la bula *Pastoralis Oficii*. Con el fin de enseñar el evangelio a los naturales y siguiendo la concesión de estas tierras a los Reyes Católicos y sus descendientes en las bulas *Inter Cetera* de mayo de 1493 y *Dudum Siquidem* del 25 de septiembre del mismo año promulgadas por el papa Alejandro VI, los dominicos se embarcan en un camino de evangelización que buscaba extender el cristianismo y erradicar la idolatría identificada con los cultos prehispánicos, abriéndose con este fin un camino de conquista espiritual que abarcó todas las estructuras políticas, económicas y religiosas del nuevo territorio. Siguiendo el espíritu de la bula *Alias Felicis*³ (1521) la conquista espiritual del territorio de la Nueva España y las labores inquisitoriales podían llevarse a cabo por miembros de las órdenes religiosas, la orden dominica inicia a partir de 1528 la expansión primero en Oaxtepec (1528) y más tarde en Chimalhuacán, Chalco y Coyoacán.

Como consecuencia de la división del territorio de la Nueva España entre franciscanos, dominicos y agustinos, las tres primeras órdenes que llegan entre 1523 y 1532, la orden de predicadores se extienden por el sureste, constituyendo tres territorios en su provincia de Santiago que denominaron “nación mexicana”, correspondiente con la zona del valle de México y parte del estado de Puebla, “nación mixteca”, que comprendía la zona sur del estado de Puebla y parte de Oaxaca, y “nación zapoteca” circunscrita al resto del estado oaxaqueño. Teniendo en cuenta la diversidad lingüística de estos territorios y atendiendo a la

² Este eremitorio se convertiría en 1535 en casa de recolección decorada con pinturas murales del siglo XVI realizadas por *tlacuilos*, ya que en época prehispánica Tepetlaoxtoc fue un centro productor de códices. Estas pinturas se realizan en grisalla con programas alusivos a la pasión de Cristo y la vida eremítica, destacando las referencias existentes a san Juan Bautista. El carácter ascético de Betanzos, devoto de la Magdalena, influyó para que impulsada este tipo de fundaciones tanto en Tepetlaoxtoc como en Caxcanta poniendo en relación la vida ascética y la actividad evangélica que proponía para la orden en este momento. En estos eremitorios también se toma la imagen del ciervo como imagen del alma humana que aspira al encuentro con Cristo, tal y como señala el Salmo 42.

³ La bula *Alias Felicis*, junto a la promulgada en 1522 *Exponi Nobis*, permitía al clero regular realizar casi todas las funciones episcopales en ausencia de los obispos o por razones de lejanía por lo cual los religiosos franciscanos y dominicos actuaron como jueces eclesiásticos, además de encargarse de labores inquisitoriales hasta el establecimiento del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en la Nueva España por orden de Felipe II en 1569, siendo el primer inquisidor general en estos territorios Pedro Moya de Contreras. En relación al castigo de idolatrías Teitipac es un ejemplo de la labor de los dominicos en este ámbito por los procesos que éstos abrieron en la década de 1560 de los cuales da cuenta una crónica de Burgoa que indica como el prior del convento, fray Domingo Grixelmo, organiza un auto de fe para adoctrinar a la comunidad que estaba recuperando prácticas idolátricas, atando a dos indígenas a unos postes con el resultado de la muerte de uno de ellos al arder la leña que estaba a sus pies (BURGOA: ff. 238 v. a 246 r.).

prohibición de predicar sin conocimientos de teología y del idioma de los naturales, según una bula de Pío V, los dominicos no sólo fundan conventos y estudios de Santo Domingo en México, Puebla y Oaxaca, así como los colegios de San Luis en Puebla y Portuoceli en México sino que cobran importancia los centros de aprendizaje de lenguas fundados en los poblados de indios en los cuales se inicia un estudio filológico por equivalencias elaborando vocabularios y catecismos. Si la llegada de fray Vicente de Santa María impulsa la evangelización de los naturales con la fundación del convento de Oaxtepec, lugar que desde 1528 se convierte en centro de estudio de lengua náhuatl, la expansión hacia el sur hace que sea necesario fundar otros estudios de lenguas que atendieran el aprendizaje de mixteco y zapoteco, mismos que se establecen en Yanhuatlán y Antequera en 1529.

La llegada de la Orden de Predicadores a la región oaxaqueña va de la mano de la conquista militar de este territorio realizada por Francisco de Orozco en 1521, una conquista relativamente sencilla en comparación con los férreos enfrentamientos protagonizados con los mexicas en la zona del Valle de México. En el caso de esta zona del sureste mexicano, gran parte de la misma quedó en manos de Hernán Cortés por su nombramiento por parte del rey como primer marques del Valle en 1529. La complejidad de la región oaxaqueña en su geografía, ramas lingüísticas y establecimientos políticos obligó a la orden a realizar un proceso de inculturación importante, estableciéndose en los principales señoríos mixtecos y zapotecos que jalonaban la ruta comercial hasta el istmo de Tehuantepec.

La evangelización de Oaxaca se inicia en 1528 por fray Gonzalo Lucero y fray Bernardino de Minaya provenientes del convento capitalino, aceptándose en 1551 la erección del convento de santo Domingo de la Villa de Antequera, hoy Oaxaca, siendo fundado por Fray Bernardo de Albuquerque, como prior, y Francisco Mayorga, Francisco Marín, Alonso de Santiago, Pedro García, Fernando Méndez, Pedro de Hinojosa, Juan de Córdoba, Juan de Alcázar, Bernardo Gómez, Francisco de Loiza, Luis Regino, Francisco Murguía y Pedro Ríos como comunidad. La intensa actividad en la zona, con más de 50 fundaciones a finales del siglo XVI motivó la formación de la Provincia dominica de San Hipólito⁴ con sede en la Villa de la Nueva Antequera, así llamada en honor al oidor real Nuño de Guzmán que era natural de esta localidad. Dicha provincia tenía cinco prioratos (Santo Domingo de Oaxaca, Santiago de Chilapan, San Pedro de Tehuantepec, Santo Domingo de Yanhuatlán y la

⁴ Junto a esta provincia en los nuevos territorios se dispusieron las siguientes: la provincia de Santiago de México en 1532, La de San Juan Bautista de Perú en 1536, la de San Vicente de Chiapas y Guatemala y finalmente la señalada de San Hipólito Mártir de Oaxaca en 1592.

Asunción de Tlaxiaco) junto a treinta vicarías, entre las que destacan San Pablo de Etna, Zaachila, Santa Ana Zegache, Ocotlán y Teitipac en la zona de los Valles Centrales; Choapan, Jalapa y Tequisistlan en la sierra y Nochistlán o Achintla en la Mixteca, llegando así hasta la mayoría de las regiones de Oaxaca. Finalmente en esta provincia se fundó también uno de los estudios novohispanos que, junto a los de la Ciudad de México y Puebla, seguía el modelo de los conventos de San Esteban de Salamanca y San Gregorio de Valladolid como lugares de formación teológica, siendo fray Fernando Méndez lector en teología del convento de Oaxaca en 1547 y existiendo un lector en artes en el convento oaxaqueño en 1556, lo cual atestigua la importancia de la formación y el estudio de lenguas en las fundaciones dominicas.

3. La Semana Santa como expresión evangelizadora en el México colonial

Siguiendo el tropo *Quem quaeritis in sepulcro*, parte del introito de la misa Pascual, el drama litúrgico se extendió como una experiencia asociada a la vivencia de los misterios algo que resultó de especial utilidad para la evangelización de los territorios novohispanos integrando la liturgia procesional y el teatro de naturales como partes fundamentales de los procesos de transmisión de la religión católica. Para los dominicos, este tipo de expresiones evangelizadoras suponen uno de los recursos más utilizados para la conquista espiritual debido a su capacidad didáctica, hecho refrendado por la aparición de distintos títulos teatrales manuscritos que circularon en los primeros años a lo largo de la Nueva España con traducciones a las lenguas vernáculas, como sucede con la versión náhuatl del “Auto llamado Lucero de Nuestra Salvación de Ausías Izquierdo Zebrero”.

Junto a esta teatralidad del misterio, la imagen revela una intención catequética importante que se ve reflejada en las procesiones, los desenclavos y el drama pasionario, tal y como recoge fray Toribio de Benavente, Motolinica, en su obra *Historia de los indios de la Nueva España* (1541). Así, las devociones paralitúrgicas y el desarrollo de un drama sacro en torno a la Pasión de Cristo se desarrollan de una forma generalizada en las fundaciones no sólo dominicas sino también franciscanas, imprimiendo un carácter particular a las cofradías y devociones conocidas gracias a las crónicas de fray Bartolomé de la Casas y fray Agustín Dávila Padilla, llegando a reconocer éste último el alto componente pedagógico de estos ritos representados. Precisamente es este dominico, que llegó a ser prior del convento poblano y más tarde arzobispo de Santo Domingo, el que nos ofrece la crónica más completa de la

celebración de la Semana Santa en la Nueva España durante el siglo XVI, recogida en su *Historia de la fundación y discurso de la provincia de Santiago de México*, publicada por primera vez en 1596. En ella da cuenta de la labor apostólica de la orden de predicadores en la Nueva España aportando gran cantidad de datos históricos y culturales sobre la vida de la colonia en sus primeros decenios, recogiendo, por ejemplo, la existencia de cofradías de la Soledad, el Descendimiento, el Santo Sepulcro y el Cristo de la Penitencia. Además de la proliferación de cofradías, en su texto describe con gran detalle la primera procesión de la cofradía del Descendimiento y del Santo Entierro de la Ciudad de México, fundada en 1582, relatando de una forma minuciosa las celebraciones del Viernes Santo en la iglesia madre de la orden en la Ciudad de México, en la cual se utilizaban esculturas articuladas para aumentar el carácter didáctico-teatral de la ceremonia celebrada en el presbiterio del templo, expresiones que continuaron también en el México independiente como relata Frances Erskine Inglis refiriéndose a Coyoacán (ROBIN y ÁVILA: 333).

En esta crónica y la relación del ceremonial junto a datos prácticos como las medidas del estrado sobre el que se montaba el calvario permiten reconstruir la celebración del Viernes Santo en todo el ámbito de influencia dominica dando cuenta de un ritual que no ha cambiado sustancialmente hasta nuestros días presentando desenclavos, procesiones de penitencia, De hecho, la preparación del Calvario y las imágenes para la representación de la crucifixión, el sermón de las siete palabras, el descendimiento, la presentación del cuerpo de Cristo a su madre, la procesión del Santo Entierro, la ceremonia del enterramiento de Cristo, la representación del pésame a la Virgen, la Vigilia Pascual y la procesión de la Resurrección son los puntos fundamentales de una tradición viva a día de hoy en las regiones mexicanas evangelizadas por la orden de predicadores, una tradición que ha creado y desarrollado un rico patrimonio mueble conservado especialmente en la región oaxaqueña, tal y como vemos en los antiguos asentamientos dominicos de San Juan Bautista Teitipac y Santo Domingo Yanhuitlán.

4. La celebración de la Semana Santa en época colonial: los murales de San Juan Teitipac

Uno de los mejores ejemplos visuales para comprender el desarrollo de las procesiones de la Semana Santa en las fundaciones dominicas de la Nueva España son los murales del

antiguo convento de San Juan Bautista Teitipac, localidad zapoteca ubicada en la región oaxaqueña de los Valles Centrales dentro del actual distrito de Tlacolula que dista de la capital estatal aproximadamente 30 kilómetros. En el momento de la llegada de la Orden de Predicadores, este asentamiento era cabecera de un señorío fundado en torno al año 1100 que recibía el nombre de Teicticpac, nombre de raíz náhuatl que significa “encima de la piedra”, aunque en su fundación zapoteca se conocía este lugar como Zetobaa, expresión que significa “otro sepulcro o lugar de entierros”, una denominación que lo distinguía de los sitios de Mitla, asiento relacionado con los muertos y el Mictlan cuyos enterramientos estaban dedicados a los reyes. También recibía el nombre de Quehuiquijezaáá referido a un “palacio de piedra” por el lugar de su edificación, indicando igualmente una “cátedra de enseñanza” por las instrucciones que daban los sacerdotes en este lugar debido a que en época prehispánica este asentamiento se relacionaba con los ritos funerarios por lo que se convirtió en una residencia sacerdotal por indicativo de Cosijoeza, señor de Teozapotlán que dispusieron que este lugar fuera enterramiento de nobles, tal y como señala Burgoa en su *Geográfica Descripción* al afirmar que “dos puertas tenía la eternidad, una para los reyes, que era Mita, y otra para los señores de sangre no real, que era Teitipac” (BURGOA: 64-65).

En el inicio de la colonia, Teitipac se convirtió en uno de los cacicazgos coloniales del valle de Oaxaca, una región que por su alta presencia indígena permitió la pervivencia de costumbres prehispánicas muy arraigadas que se transformaron durante los tres siglos de dominio hispano gracias a la existencia en esta región grandes cacicazgos como los de Cuilapan o Etlá que transforman su hegemonía del periodo posclásico en un papel relevante dentro de la dominación española al configurarse como elementos de control de territorio al servicio de los intereses políticos y económicos españoles ya que la mayoría de los caciques zapotecas y mixtecas asumieron la conquista de Francisco de Orozco en 1521, lo cual se transformó en una serie de donaciones de tierra que reconocieran la conquista pacífica. En el caso de Teitipac, su conquista corre a cargo de Juan Esteban Colmenero en 1521 aunque los establecimientos de españoles suceden una década más tarde, otorgándose la encomienda de este territorio a su conquistador y a García de Llerena. Sin embargo, el control político de este territorio pasó al marquesado del Valle perteneciente a Hernán Cortés por concesión real desde 1529, limitando Cortés sus encomiendas a cinco pueblos, siendo Teitipac uno de ellos, junto a Tlalixtac, Coyotepec, Ocotlán y Tlacochauaya, estando vigente su encomienda hasta 1579 como un reconocimiento de la élite nativa que ayuda a la incipiente administración colonial tanto en el aspecto tributario como en el evangelizador, unos reconocimientos que en

la forma de cacicazgos se consideraron un patrimonio transmisible como herencia a la forma del mayorazgo hispano.

La Orden de Predicadores, continuando sus fundaciones a lo largo de las rutas comerciales y de conquista realizadas principalmente entre 1548 y 1558, se establece en Teitipac en torno a 1551, cinco años más tarde de su establecimiento en Etlá y Cuilapan, construyendo un modesto asentamiento que pretende luchar contra la idolatría expresada en este espacio de enterramiento prehispánico. Este primer sitio es renovado al solicitar al Capítulo General de 1555 la fundación de esta casa junto a otros ocho conventos en la nación zapoteca como Achiutla o Tonalá, siendo San Juan Bautista Teitipac la vigésimo primera fundación de esta provincia dominica, misma que se elige como residencia permanente de los dominicos por lo cual se asignan a la fundación de Teitipac a fray Juan de Mata como vicario, los frailes Domingo Griguelmo o Grixelmo y Juan de Granada y el lego fray Pedro de Santa, llegando en 1570 a esta casa fray Juan de Córdoba tras renunciar a su provincialato. Un signo de la importancia que tuvo esta fundación aparece recogido en la *Relación del obispado de Antequera* fechada en 1570 que indica que Teitipac era una de las casas principales de la orden dominica en la región oaxaqueña, dependiendo de ella localidades importantes como Tlacolula, Teotilán, Macuilxóchitl y Tlacoahuaya, además de estar bajo su jurisdicción eclesiástica las parroquias de San Sebastián Teitipac, Santa María Magdalena Teitipac, Santa Cecilia Jalieza, San Marcos Tlapazola, San Bartolomé Quialana, Santo Domingo Jalieza, Santa María Guelacé, San Lucas Quiaviní, Santa Cruz Papalutla, San Jacinto y las haciendas de Santa Rosa Buenavista y San Antonio Buenavista.

Fruto de la importancia que adquiere esta fundación, en la segunda mitad del siglo XVI se construye un nuevo templo a una distancia no mayor de un kilómetro del anterior cuya construcción se supone a cargo de fray Antonio de la Serna que llega a Teitipac en 1556 tras trabajar en las fundaciones mixtecas de Yanhuatlán, Coixtlahuaca y Teposcolula con el dominico Francisco Marín⁵. Según el relato que hace Burgoa en su *Geográfica Descripción*, en este señorío de caciques en el que abundaban sepulcros y existía un palacio sobre la peña, “luego que entraron nuestros religiosos a doctrinarlos, trataron de hazer un sumptuoso templo y convento de cantería, y de darles ornamentos muy lucidos para el culto divino [...] Prosiguiose la iglesia, par bóveda hasta cerca de la cornisa, el Convento de dormitorios y

⁵ La presencia en esta casa del lego fray Miguel de Zamora en 1559 también apunta una participación del mismo en la arquitectura del primer templo ya que este fraile participó más tarde en las obras del convento dominico de la capital por lo cual se afirman sus conocimientos de arquitectura e ingeniería.

celdas, son extremados, las oficina baxas, todas bóveda” (BURGOA: 245). Resultado de esta labor edilicia es la actual iglesia de una nave jalonada por cinco retablos, rodeada por capillas posas y un convento organizado en torno a un claustro decorado por pintura mural en varias de sus estancias como por ejemplo el muro oeste del refectorio, que presenta un mural de la última cena⁶, decoraciones arquitectónicas en vanos o molduras y los murales presentes en la portería que se abre al sur de la iglesia con un arco de medio punto realizado en piedra con remate superior en mampostería y ladrillo que dibujan una cornisa y hornacina en la parte superior. Dicha portería es un pequeño y profundo espacio rectangular cubierto por bóveda de cañón, muy similar en su ubicación, estructura y dimensiones a la capilla abierta del convento agustino de Zacualpan de Amilpas, que, al igual que el caso morelense, fue utilizado como capilla abierta, conteniendo pinturas referentes a la Semana Santa en sus muros norte y sur junto a decoraciones relativas a la orden en el muro oriente, pinturas que han sido intervenidas ya que el muro norte de la portería estaba encalado⁷ y cubierto por un velo salino que obligaba a recuperar la imagen con avanzadas técnicas de restauración en un proyecto que estuvo a cargo de la restauradora Paola D’Rugama, abarcando también la actuación en la arquitectura y espacios conventuales gracias a un convenio de colaboración firmado en 2009 entre la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo, el Instituto Nacional de Antropología e Historia, los gobiernos estatales y locales, la archidiócesis de Antequera-Oaxaca y la Fundación Alfredo Harp Helú por el cual se establecía una escuela-taller que comenzó a funcionar en una primera etapa de dos años de trabajos en el exconvento de San Juan Teitipac.

El programa iconográfico presente en la portería de San Juan Bautista Teitipac se divide en dos ciclos relacionados con cofradías presentes en la localidad, la cofradía del Santo Rosario y la cofradía del Santo Entierro, decoraciones que tiene su punto de partida en el testero de la capilla en el que se abre en su parte inferior un vano de medio punto que actúa como puerta de entrada al claustro conventual. Gracias a la organización del archivo parroquial realizado en 2006 por la Fundación ADABI (Apoyo al Desarrollo de archivo y Bibliotecas de México, A.C.), han salido a la luz los datos de actas, cofradías, inventario y padrones que, junto a la sección sacramental, arrojan gran información relativa a la vida

⁶ El mural relativo a la última cena del refectorio de San Juan Teitipac sólo ha sido intervenido para conservar la pintura y no se han realizado labores más amplias de restauración. El Laboratorio de Diagnóstico de Obras de Arte del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM propone una intervención profunda a partir de los registros de fotografía infrarroja que se realizaron en 2009.

⁷ Los cambios de gusto hicieron que el conjunto conventual se remodelara en los siglos XVII y XVIII aunque en no hubo modificaciones en la traza arquitectónica. Junto a los cambios de altares, la pintura mural fue uno de los elementos más transformados ya que se encaló hasta los estudios de Luis Islas García realizados en los años 40.

litúrgica del municipio, también en lo relativo a la Semana Santa ya que se da cuenta de la existencia de las cofradías del Santísimo Sepulcro, del Santo Cristo, de la Virgen de la Soledad y de Jesús Nazareno entre 1681 y 1827, continuando los libros de cofradía sobre estas dos últimas hasta 1945⁸.

En relación a estas congregaciones, la decoración del lado izquierdo de la portería, la más deteriorada por el encalado que se produjo en el siglo XVII, supone la existencia de una cofradía de la Virgen del Rosario en Teitipac, a semejanza de las cofradías constatadas en los archivos de Santa María Asunción, San Pedro Quiatoni, San Jerónimo Tlacoahuaya o San Pablo Villa de Mitla, o al menos refleja la importancia de esta advocación para la orden dominica ya que aparece en el testero la Virgen del Rosario rodeada por una mandorla de nubes con Santo Domingo de Guzmán y Santa Catalina de Siena a sus pies en una actitud orante, igual que en la portería de Tehuantepec, continuando en el muro norte tres escenas separadas por cenefas que muestran a san Francisco y Santo Domingo adorando a Cristo, la procesión del Rosario con seis cofrades portando un estandarte y en el tercer espacio se contendría, según Pablo Escalante, el final de dicha procesión en el altar mayor del templo (ESCALANTE: 114).

Sin embargo, la decoración mejor conservada y con un interés mayor para el estudio de la Semana Santa en la Nueva España es la contenida en el muro sur de la portería, murales que, continuando un programa pasionario que iniciaría en la Última Cena del refectorio como momento de institución de la eucaristía el cual da paso a las celebraciones litúrgicas realizadas en la iglesia, muestran la conmemoración de la Pasión y muerte de Cristo bajo la forma de procesiones vinculadas a la cofradía del Descendimiento y Santo Entierro, creada en 1582 en este convento de San Juan Teitipac. Así, en el testero se representa un descendimiento en el cual las fronteras entre el pasaje del Calvario y la actividad de la orden aparecen diluidas debido a la semejanza estilística entre los personajes pertenecientes al relato evangélico y los participantes del teatro litúrgico. En el mural oaxaqueño se representa en el extremo derecho a la Virgen María vestida de luto y a San Juan mientras que los encargados de bajar el cuerpo de Cristo de la cruz son dos frailes dominicos que descuelgan el cuerpo sujetándolo con una sábana mientras que un fraile y un noble elevan sus manos veladas hacia la cruz. La presencia de este último personaje podría relacionarse con los encomenderos o

⁸ En los archivos sistematizados queda constancia de la influencia de la Orden de Predicadores en la región por la fundación de Cofradías del Rosario (Santa María Asunción, 1666-1851; San Pedro Quiatoni, 1831-1873; San Jerónimo Tlacoahuaya, 1682-1855; San Pablo Villa de Mitla, 1758-1957), de Nuestro Señor Santo Domingo (Santa María Asunción, 1723-1851; San Pablo Villa de Mitla, 1779-940) la Santísima Virgen de la Soledad (San Pablo Villa de Mitla, 1758-1822).

algún noble de la localidad destacando así la participación de la sociedad civil en estos rituales y reforzando la idea de que este descendimiento se refiera más a la dramatización de la Semana Santa que a la representación literal de la Pasión, algo que aparece también apuntado por la presencia de otro fraile que se dirige a las figuras de la Virgen y san Juan portando un objeto en sus manos, continuando la teatralización que se hacía de este pasaje al presentar ante la Virgen las *arma Christi* antes de dar paso a la procesión del Santo Entierro que se desarrolla en el muro de la derecha en dos franjas horizontales separadas por una cenefa de formas vegetales.

La procesión de Teitipac es fiel a las costumbres dominicas relatadas por fray Agustín Dávila Padilla en la ciudad de México. Inicia su camino en la parte inferior desde el testero al atrio para retornar en el registro superior hacia el convento, algo que estaría también relacionado con el desarrollo de la procesión, la cual, partiendo del convento, circulaba por el atrio y las calles de la localidad para volver de nuevo al templo, algo presente también en la composición apareciendo en la parte superior, en su unión con el testero, una puerta de entrada que bien pueden identificarse con el acceso a la iglesia. El grupo está encabezado por tres estandartes negros tras los cuales aparecen las insignias de la Pasión (en el caso que nos ocupa aparece una bandeja con los denarios de plata, la escalera, la columna, el manto, el paño de la Verónica y las tenazas utilizadas para tejer la corona de espinas) en manos de un cofrade flanqueado por dos cofrades de luz que portan cirios. Tras estos cofrades vestidos con túnica y capucha negra sin capirote, la procesión continúa en la parte inferior con un grupo de frailes que precede al paso del Santo Entierro, una sencilla figura de Cristo cubierta por vendas que se ha colocado en unas sencillas andas portadas por cuatro frailes ataviados por ricas capas pluviales mientras que otros cuatro religiosos custodian el paso con cirios en sus manos. Tras ellos aparecen religiosos y miembros del clero regular, además de representantes de las élites civiles, tras los que aparece la Virgen y María Magdalena, cerrando el cortejo dos grupos de hombres y mujeres encabezados cada uno por un niño, lo cual indica la participación de toda la sociedad en estas celebraciones religiosas, aunqu esta representación distan de los disciplinantes relatados por Dávila Padilla.

Un elemento muy interesante en las pinturas de Teitipac es que el grupo de hombres y mujeres que acompaña el paso procesional del Santo Entierro muestra presencia indígena que acompaña a los apóstoles. Así, en el grupo de varones San Pedro y dos apóstoles, identificados por sus vestiduras, se ven acompañados por un indio, que puede ser interpretado

como el cacique indígena de Teitipac debido a su incipiente barba, es claramente reconocible por la forma de anudar la tilma en el hombro. Por otro lado, en el grupo de mujeres se representan tres mujeres indígenas que acompañan la representación de san Juan evangelista acompañado de un cáliz que ayuda a su identificación. La inclusión de estos personajes constata la presencia indígena en las cofradías del Descendimiento y sepulcro de Cristo Nuestro Señor, mientras que la exclusión de los disciplinantes que sí aparecen en los murales de los conventos franciscanos de San Miguel arcángel de Huejotzingo y San Martín de Huaquechula puede estar motivada por el auto de fe de 1572, un episodio que complicó necesariamente la presencia de la orden en la localidad. De hecho, para Luis Islas, la intención fundamental de esta decoración era reforzar la presencia de los dominicos en la localidad después del auto de fe organizado por el prior Grixelmo aunque este tipo de decoración aparece también en otras fundaciones coloniales, tanto franciscanas como dominicas, por lo que nos orientamos más a relacionar su contenido con la vivencia de la Semana Santa en la Nueva España y el poder evangelizador de la imagen al tratarse de un espacio utilizado como capilla de indios, coincidiendo con las afirmaciones de Bugoa relacionadas con la construcción de un espacio apto para el culto y la doctrina de indios. Además hay que tener en cuenta que la realización de esas pinturas ha de fecharse en torno a las décadas de 1580-1590, etapa coincidente con la época floreciente del asentamiento en Teitipac ya que a finales del siglo XVI, antes de estar finalizadas totalmente las obras del templo y sin haber comenzado los trabajos en el claustro de procesiones, este asentamiento se fue despoblando en beneficio del poblado de Santa Catalina Teitipac por el descubrimiento de mineral en aquel lugar, lo cual desplazó a la población hasta reducir Teitipac a un tercio de su población anterior. Por ello, coincidimos con la conclusión a la que llega Pablo Escalante al afirmar que, por el elevado número de frailes y los altos cargos civiles y religiosos que acompañan la escena, los murales de Teitipac no muestran la celebración de la semana santa en esta localidad sino que se inspiran en el relato de la fundación de la cofradía del Descendimiento y Sepulcro de Cristo en la Ciudad de México en 1582 que describe fray Agustín Dávila Padilla, modelo e inspiración para todas las surgidas posteriormente en las fundaciones dominicas (ESCALANTE: 111-113).

Con estos datos se puede concluir que los murales de la portería de San Juan Bautista Teitipac son un medio de evangelización dominica que se aleja del didactismo de las capillas abiertas de la primera evangelización para pasar a la teatralización de los pasajes de la Escritura como medio para la transmisión de la fe, además de una exaltación de la orden

dominica por la presencia repetida de Santo Domingo de Guzmán en los muros este y norte, además de ofrecer un modelo de conducta a las dos principales cofradías fundadas por los dominicos, la Virgen del Rosario y el Santo Entierro, proponiendo un modelo a los indígenas zapotecas, incluidos en la representación como adición local, para su participación en las cofradías.

5. Herencias dominicas en la Semana Santa de Yanhuatlán

La fundación del convento de Santo Domingo Yanhuatlán fue un establecimiento temprano realizado en 1529 que coincide con la expansión de la orden en el corredor comercial de la Mixteca Alta oaxaqueña que comunicaba el valle de México con la costa, asiento coincidente con otras fundaciones de menor importancia como los conventos de Nochixtlán, Coixtlahuaca o Teposcolula, ejemplo todos ellos de la adaptación de las prácticas católicas a la ritualidad prehispánica, además de armonizar los señoríos indígenas o *yuhuitayu*, que se habían desarrollado en la Mixteca durante el posclásico abarcando el sur del actual estado de Puebla y norte de Oaxaca, con una nueva estructura civil que encuentran su reflejo en la configuración de la arquitectura y el diseño urbano de las nuevas fundaciones novohispanas. En el caso del convento de Santo Domingo, construido a partir de 1548 momento en que se produce el poblamiento definitivo de la casa dominica de Yanhuatlán con un templo de una sola nave cubierta por bóvedas de crucería y rematada por una cabecera semicircular que alberga el retablo realizado por el sevillano Andrés de Concha en 1579 bajo el patrocinio del encomendero Gonzalo de las Casas, éste se asienta en el señorío yanhuiteco reorganizando la trama urbana en forma ortogonal aunque recogiendo la tradición de poblamientos dispersos en los cerros gracias a la comunicación del convento con pequeñas capillas barriales gracias a los ejes planimétricos del asentamiento, algo que recuerda los espacios de culto de los pequeños asentamientos prehispánicos y las costumbre rituales asociadas a la naturaleza pero transformando esto espacios en capillas que aunaban usos civiles y religiosos en un trazado en retícula que vincula la Capilla de San Sebastián con el convento y la plaza principal en su eje este-oeste mientras que la línea norte-sur une el convento con la Capilla del Calvario y el *aniñe*, es decir la residencia del cacique indígena, unas construcciones de especial importancia en las fundaciones de la mixteca alta que transforman la antigua casa mixteca de la comunidad en el lugar de reunión de la república de

indios, por tanto sería un equivalente mixteco al *tecpan* que Cortés manda construir en Tlatelolco como casa del gobierno del señorío de indígenas regido por Cuauhtémoc.

La celebración de la Semana Santa en Yanhuítlán es heredera de la evangelización dominica, existiendo en esta región cofradías del Santo Entierro como la que hemos referido en el caso de Teitipac. Sin embargo, en esta localidad también se mantienen particularidades propias de las necesidades de evangelización de la zona mixteca adaptando las prácticas devocionales y paralitúrgicas que se desarrollaron en torno a la Pasión y Muerte de Cristo y extendiendo las celebraciones a los espacios del convento, especialmente el atrio, el templo y la sala capitular junto a las capillas barriales y el espacio urbano. Herederos de esta rica vivencia paralitúrgica son las procesiones realizadas el Domingo de Ramos (San Ramito), la escenificación de la Santa Cena el Jueves Santo y los ritos de desenclavo, descendimiento, pésame a la Virgen y procesión del Santo Entierro celebrada en la noche del Viernes Santo, vivencias que han dejado gran número de bienes culturales como la “carreta de la muerte” que abre la procesión del Santo Entierro, las esculturas de la Dolorosa, San Juan y San Pedro y los ángeles pasionarios, sin duda el elemento más interesante de la Semana Santa yanhuíteca por la calidad de estas esculturas estofadas y por las implicaciones que tienen las mismas en la identificación de los pobladores con su patrimonio.

Los ángeles de Yanhuítlán suponen en la procesión del Santo Entierro un lugar análogo al mostrado en Teitipac por los portadores de la arma Christi o por los penitentes de Huejotzingo aunque su origen hay que relacionarlo con las capillas ubicadas en los ocho barrios que a principios del siglo XVIII tenía el municipio, algo que se deriva de la importancia que los barrios adquirieron en la organización urbana y administrativa de este asentamiento mixteco adaptando la costumbre de contar con pequeños altares en un sistema de población prehispánico fundamentalmente disperso en los cerros que al pasar a la concentración urbana sigue manteniendo identidades barriales, además de permitir una identificación antropológica entre los pobladores y los ángeles, debido a que la región mixteca se conoce como ñuñuma o “país de las nubes” lo que relacionaría a sus pobladores con criaturas celestes. La identificación entre los ángeles y la comunidad ha continuado a pesar de la desaparición de muchos de los barrios con los que estaban relacionados y en la actualidad el traslado, preparación y procesión de cada ángel es realizado por una familia de la localidad que de alguna manera recuerdan las antiguas mayordomías barriales. Siguiendo esta práctica el ángel *Yuxayó* (río de luna), cuyos atributos son una azucena y clavos de plata, está bajo el

cuidado de la familia Gutiérrez Villanueva; el ángel *Tindeé* (tierra de abrojo), el cual porta una escalera de plata, es preparado por la familia Ramírez González; el ángel llamado *Yuxacoyo* (río de ciénega/río fértil), que sostiene un bastón de mando, está al cuidado de la familia Montes; el ángel *Saayucu* (al pie del cerro) es preparado por la familia Pérez Juan, sosteniendo durante la procesión una corona de espinas de mecate; el ángel *Ayuxi* (flor que se venera), custodiado por la familia Pérez Ortiz, sostiene los clavos; el ángel llamado *Deque Danaá* (cerca del cielo) cuyo atributo es el bastón de mando y el letrero SPQR es preparado por parte de la sindicatura; el ángel *Yuyuxa* (a la orilla del río), que lleva en su mano la lanza, es encargado a la familia García Cruz y, finalmente, el ángel *Ticoó* (tierra de ciénega), cuyo atributo es la cruz, está al cuidado de la familia Palma Rodríguez. Ellos son los encargados de prepararlos con su traje negro para el Viernes Santo y su vestimenta roja para el Domingo de Resurrección, así como portarlos a hombros durante las procesiones, depositándolos después de las procesiones en el museo del exconvento yanhuiteco.

6. Conclusión

La celebración de la Semana Santa en territorio novohispano mostró una importancia relevante ligada a los procesos de conquista espiritual, especialmente en las regiones en que dicha evangelización se encarga a los franciscanos y dominicos. En el caso de la Orden de Predicadores, la fundación de cofradías del Descendimiento y el Santo Entierro supuso la creación e toda una suerte de patrimonio artístico ligado a estas celebraciones que abarca todo tipo de imágenes articuladas en pasta de caña, crucificados, ángeles y demás piezas que permitieran la representación de la pasión y muerte de Cristo mediante una dramatización de los pasajes del calvario. Los casos analizados en este texto permiten observar la generalización del relato que fray Agustín Dávila Padilla recoge en la Ciudad de México a finales del siglo XVI, apareciendo expresiones similares en zonas tan alejadas de la misma como la mixteca alta o la región zapoteca de los Valles Centrales, ambas en el estado de Oaxaca. Los casos de San Juan Bautista Teitipac y Santo Domingo Yanhuitlán permiten comprender la vivencia de la Semana Santa en México ligada a las fundaciones dominicas, su expresión en época colonial y sus transformaciones y pervivencias en época actual.

Bibliografía

- Burgoa, F. (1989). *Geográfica descripción de la parte septentrional del Polo Ártico de la América*, tomo II, México, Editorial Porrúa.
- Dalton, M. (2004). *Breve historia de Oaxaca*, México, Fideicomiso Historia de las Américas (Serie Breves Historias de los Estados de la república Mexicana).
- Dávila Padilla, A. (1955). *Historia de la fundación y discurso de la Provincia de Santiago de México de la Orden de Predicadores por las vidas de sus varones insignes y casos notables de Nueva España*, México, Ed. Academia Literaria.
- Diéguez Melo, M. (2013): “El poder de la muerte en el imaginario mexicano: de la época prehispánica al México actual” en Ruiz Maldonado, M., Casasera Casaseca, A. y Panera Cuevas F. J. (eds.). *El poder de la imagen. La imagen del poder*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, pp. 35-62.
- Escalante, P. (2005): “Elogio de la cofradía y arraigo de la fe. La pintura mural de la capilla abierta de San Juan Teitipac (Valle de Oaxaca)” en Vargas Lugo, E. *Imágenes de los naturales en el arte de la Nueva España, siglos XVI al XVIII*, México, UNAM-IIE-DGAPA-Banamex.
- Estrada de Gerlero, E. (1983): “El programa pasionario en el convento franciscano de Huejotzingo” en *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*. Band 20, pp. 642-662.
- Frassani, A. (2013). “Teatro de la memoria: los retablos de la iglesia de Santo Domingo Yanhuítlán, Oaxaca” en *Boletín de Monumentos Históricos*, Tercera Época. Número 29, pp. 37-51.
- Frassani, A. (2013). “El centro monumental de Yanhuítlán y su arquitectura; un proceso histórico y ritual” en *Desacatos*. Número 42, mayo-agosto pp. 145-160.
- Islas García, L. (1946). *Las pinturas al fresco del valle de Oaxaca*, México, Clásica.
- Mora, T. y M. S. Molinari Soriano (2002). *Semana Santa en Yanhuítlán*, México, INAH/Plaza Valdés.
- Noval Vilar, B. y F. J. Lanca y Salazar Herrera (2001): “La restauración de dos cristos de pasta de caña como parte de los trabajos del proyecto de conservación integral en Santo Domingo Yahuítlán, Oaxaca” en *Imaginería indígena mexicana: una catequesis en caña de maíz*, Córdoba, Caja Sur.
- Pérez Díez, M. coord. (2007). *Inventarios parroquiales del Decanato de Tlacolula, Santa María Asunción, San Pedro Quiatoni, San Jerónimo Tlacoahuaya, San Miguel Tlaxitlac, San Juan Teitipac, San Pablo Villa de Mitla*, Oaxaca, Fundación Apoyo al Desarrollo de Archivos y Bibliotecas de México, A.C..

- Relación del obispado de Antequera. Relación de los obispados de Tlaxcala, Michoacán, Oaxaca y otros lugares en el siglo xvi*, edic. de Luis García Pimentel, México, 1904, p. 71
- Ricard, R. (1987). *La conquista espiritual de México. Ensayo sobre el apostolado y los métodos misionales de las órdenes mendicantes en la Nueva España. 1923-1534 a 1572*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Robin, A. y A. Ávila, (2013): “Performatividad y teatralidad de la Semana Santa en América latina en los relatos de tres viajeros decimonónicos” en Insúa, M. y M. Vinatea Recoba, *Teatro y fiesta popular y religiosa*, Pamplona, Biblioteca Áurea Digita del Griso, pp. 325-342.
- Secretaría de Gobernación, Centro Nacional de Estudios Municipales, Gobierno del Estado de Oaxaca (1988). *Los Municipios de Oaxaca, Enciclopedia de los Municipios de México*, México, Talleres Gráficos de la Nación.
- Secretaría de Gobernación, Instituto Nacional para el Federalismo y el Desarrollo Municipal (2002), *Sistema Nacional de Información Municipal*. México, Talleres Gráficos de la Nación.
- Sepúlveda y Herrera, M. T. (1994). *Códice de Yanhuitlán*, México, INAH- BUAP.
- Ulloa, D. (1977). *Los predicadores divididos. Los dominicos en la Nueva España, siglo XVI*, México, El Colegio de México.
- Verdi Webster, S. (1995): “La cofradía de la Vera-Cruz representada en las pinturas murales de Huejotzingo” en *Laboratorio de Arte*. Número 8, pp. 61-72.